

Editorial

En el mes de septiembre de este año, la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, UICN, publicó su más reciente «lista roja» de las especies amenazadas. El informe incluye al gorila como especie «críticamente amenazada», y al durazno silvestre (*Armeniaca vulgaris Lam*) como «amenazada». La población de gorilas disminuyó 60% en solo 25 años, debido a la cacería furtiva y al Ebola —en 1976 esta virulenta enfermedad causó en pocas semanas la muerte de al menos quinientas personas en Zaire y Sudán—. El durazno silvestre, progenitor de todas las variedades cultivadas actuales, sobrevive en unas cuantas localidades dispersas de Asia central, y se ve amenazado por las actividades humanas, principalmente debido a la construcción de unidades habitacionales o destinos turísticos que aniquilan los bosques donde aún existe la planta.

La situación lamentablemente no es nueva, quizá tampoco agradable, y cada vez será más difícil ignorarla. El gorila representa nuestros orígenes como especie, y el durazno constituye uno de nuestros mayores logros culturales y sociales: la invención de la agricultura. Ambos muestran nuestra pertenencia a este mundo y nos obligan a reflexionar sobre la manera en que nos hemos comportado como especie.

El planeta experimenta transformaciones globales de causas aún debatidas, pero que tienen indudable influencia humana. Son situaciones complejas que desafían uno de nuestros más preciados logros intelectuales: la estrategia para conocer, entender y utilizar la naturaleza. Los hechos demandan un cambio de perspectiva que afortunadamente avanza por diversos frentes temáticos y geográficos.

La agroecología se consolida como disciplina científica y aporta resultados novedosos. Fundamentalmente señala las necesidades de investigación y sugiere métodos para realizarla. Es urgente dejar de percibir la agricultura como un proceso meramente técnico. La realidad actual exige incorporar formalmente sus componentes ambientales y sociales.

El presente número de Ecofronteras nos da una pequeña muestra de los esfuerzos que en este nuevo escenario se realizan dentro de Ecosur. Los artículos nos hablan de cómo el cambio climático global se atiende con proyectos de reforestación diversificada en áreas rurales, donde se captura carbono y los campesinos participantes mejoran su nivel de vida. Otro ejemplo nos lo da el trabajo que se lleva a cabo con la ganadería bovina en varias regiones de Chiapas. Aquí se busca transformar un esquema productivo basado en el uso extenso de áreas con pasto, en sistemas de uso intensivo pero diversificado. El enfoque es participativo, porque partiendo del conocimiento de los propios productores se diseñan, proponen y evalúan sistemas ganaderos alternativos.

En algunos círculos políticos o académicos aún se afirma que las prácticas productivas campesinas son inapropiadas, y las responsabilizan del deterioro de los recursos naturales. Este número incluye también un artículo sobre la milpa lacandoniana y la ganadería holística, dos complejos sistemas productivos presentes en Chiapas que desafían esa afirmación.

Finalmente, se presenta un recuento sintético del papel que las comunidades rurales han tenido en la generación y mantenimiento de la diversidad genética agrícola mundial, así como la situación crítica que enfrenta ésta, precisamente por la destrucción de las bases sociales y culturales que la sustentan.

Deseamos que este ejemplar de Ecofronteras induzca al lector a detenerse en sus actividades cotidianas para pensar en el futuro de todos y sumar voluntades, aunque fundamentalmente el objetivo sea conservar la esperanza en la racionalidad humana.

Trinidad Alemán Santillán
Departamento de Agroecología
San Cristóbal de Las Casas

